Las otras vidas

¿Quién puede atreverse a decir que conoce Marrakesh si no ha presenciado la lentitud de sus crepúsculos desde la terraza del Hotel *Savoy?* La historia que ahora debo contar tiene allí su comienzo, una tarde de septiembre, bajo los apacibles toldos del verano, en aquel lugar que parece la cubierta de primera clase de un privilegiado transatlántico. Los toldos semejan recamadas tiendas berberiscas. El exotismo y la higiene, factores tantas veces en discordia en los parajes magrebíes se alían a satisfacción del más exigente turista europeo. Consumiendo en breves tazas de plata rondas de té con hierbabuena, los miembros de la expedición soslayábamos la diversidad de nacionalidades gracias a la similitud de nuestros gustos y oficios. Nos había reunido en aquel viaje la munificiencia de la casa Fujisutmi & Sons, que tan enérgicamente ha sabido abrirse paso en el difícil ranking de la fabricación de pianos de cola. Casi todos los presentes regíamos salas de conciertos en Sudamérica y Europa, y todos nosotros, sin excepción, nos habíamos inclinado en los últimos tiempos —al principio con renuencia, luego con satisfecho entusiasmo— por los pianos Fujisutmi, obteniendo así lo que Mr. Urara, anfitrión y guía del viaje, llamaba un merecido reconocimiento, es decir, en términos estrictamente materiales, una gira *full credit* por los mejores hoteles del norte de Africa. Tiempo habría, cuando el verano terminara, de regresar al ejercicio de nuestras responsabilidades. Pasábamos las indolentes tardes de septiembre conversando en la terraza del *Savoy,* y elaborábamos vagas estrategias comunes que redundarían en beneficio de nuestros programas de conciertos: giras transoceánicas, grabaciones rotatorias de discos, estrechamiento de lazos entre los teatros españoles y los de la América hispana. Solíamos contrastar experiencias y referirnos a nuestra plural intimidad con artistas de fama y a los molestos percances que suele siempre deparar la visita de una gran orquesta sinfónica. Un lugar común de todas las confidencias era nuestra indefensión ante las extravagancias y los vanos antojos de soberbia de algunos concertistas: llegan tarde, son salvajemente antipáticos, reprueban la mejor *suite* de un hotel porque les molesta el ruido de los grifos, algunos son esclavos del alcohol o de la cocainomanía...

Era inevitable, pues, que apareciese en la conversación el nombre venerado y temible de Milton Oliveira, y que todos nosotros, con insistencia unánime, nos lamentáramos del contraste entre la suprema altura de su música y la zafiedad incivil de su comportamiento. ¿Quién no ha deseado culminar su temporada de conciertos obteniendo un contrato con Oliveira? ¿Quién, al firmarlo, no ha temblado de miedo, pensando en sus insoportables manías, en sus perversidades de misántropo, en la aterradora posibilidad de recibir un telegrama y un falso certificado médico cinco minutos antes de que se apaguen las luces de sala?

Según recuerdo, predominaba aquella tarde en la conversación el vehemente comodoro Hoffman Goicoechea, gerente del Nacional de Paraguay, que tenía voz y corpu-

lencia de barítono fiero. Lo escuchábamos, con nuestras respectivas esposas, el director del Liceo Académico de Parma, *onorevole* Gelli; el segundo regente del Auditorium de Valladolid, el activo concejal Gómez Ochoa y el autor de estas líneas, que por aquellos años dirigía —tácitamente, es verdad, sin sueldo fijo y casi sin reconocimiento oficial— los acontecimientos musicales de una ciudad levantina cuyo nombre, por ahora, creo preferible omitir. Pero ya me olvidaba de otro miembro del grupo que constituyó desde el principio del viaje una verdadera pesadilla para el señor Urara, quien más de una vez, por culpa suya, a punto estuvo de trocar en furia de guerrero samurai su imperturbable, su japonesa *politesse*. Me refiero, por supuesto, al huraño afinador y técnico de sonido Armando Cadafells, joven de pelambre encrespada e indumentaria de *clochard*, así como de una eficaz antipatía catalana. Era, según me consta, una eminencia en su trabajo, y fue discípulo en Salzburgo del proverbial Blumstein. Pero ostentaba diversos hábitos irritantes que convertían su proximidad en una mortificación: señaladamente, el de no limpiarse nunca el luto de las uñas, y el comer con la boca abierta haciendo con la lengua y los dientes extraños ruidos de succión. Pasó el viaje fumando haschish sin el menor recato y emborrachándose con toda clase de licores, circunstancia especialmente onerosa para la casa Fujisutmi, pues ya es sabido el precio de las bebidas alcohólicas en los países del Islam. Lo acompañaba una joven sucia y melenuda que poseía una peculiar habilidad para exhibir unas bragas azules. Como nos hizo notar la encantadora esposa del concejal Gómez Ochoa, dichas bragas debían ser el único ejemplar de esa prenda con que contaba en su vestuario, porque nunca advertimos que cambiara su color. Ambos concluían las comidas con notorios eructos. Cadafells se reía y se limpiaba la boca con la mano explicándonos que ésa era una norma de cortesía entre los árabes.

Nunca se levantaban antes de mediodía ni participaban en las visitas a los lugares pintorescos que traía programadas desde Tokio el implacable señor Urara. Si los demás, por ejemplo, después de levantarnos al amanecer, regresábamos muertos de calor y embadurnados en el polvo del desierto tras una excursión a las deprimentes ruinas de un anfiteatro romano —con las consiguientes secuelas de picaduras de insectos y asedios de buhoneros nativos—, encontrábamos a Cadafells y a su novia frescos y recién duchados, bebiendo espumosas cervezas en el bar del hotel, indiferentes a todo atractivo local que no fuera el del aire acondicionado. En Egipto no vieron las pirámides, que a mi esposa le costaron una insolación y al *onorevole* Gelli la torcedura de un tobillo, en Argel omitieron la extenuante gira por la Kasbah, en Túnez soslayaron con desdén cierta llanura sofocante en la que, según nos dijo el señor Urara, estuvo la ciudad de Cartago, información que la señora de Hoffman Goicoechea atribuyó al instinto de mentira que caracteriza a las razas orientales, singularmente a los chinos. (Diré de paso que la señora de Hoffman Goicoechea, durante todo el viaje, se obstinó en creer chino a nuestro guía.)

Añadiré algo más para completar el retrato del afinador Cadafells: era un pianista excelente, dotado de una versátil facilidad para la parodia. Cualquier tarde, en el piano del hotel, ejecutaba a petición del auditorio rápidas imitaciones de concertistas célebres, o bien comenzaba a tocar y nos proponía que adivináramos a qué maestro estaba parodiando. Sabía hacer un Beethoven de Daniel Baremboin, un Schumann de Weis-

senberg, un Chopin de Rubinstein o de Britten, y lo hacía todo medio en broma, como si pensara en otra cosa, como si nada de aquello tuviera la menor importancia. Tocaba una fuga de Bach muriéndose de risa, con su deforme cigarrillo de haschish en la boca, y al cabo de unos pocos compases, sin que advirtiéramos ninguna transición, ya había puesto cara de luto y estaba imitando la *Patética* de Beethoven interpretada tristemente por Claudio Arrau...

Una última precisión, que tal vez ya habrá sido adivinada: en secreto, casi vergonzosamente, yo me pasé el viaje envidiando al execrable Cadafells, hecho que no dejó de notar la vigilante reprobación de mi esposa. ¿Puede algo permanecer oculto al cabo de veinte años de matrimonio? Una noche, en el *Carlton* de Trípoli, minutos antes de acostarme previ que se aproximaba una de esas turbulencias conyugales que uno discierne en la tensión del silencio igual que un meteorólogo vaticina, por la forma casual de una nube rosada, la proximidad ineludible de un temporal de lluvias. Durante la cena, en rencorosos apartes, exacerbada por el vino y la profusión de las especias, mi mujer se había empeñado en repetir una ya gastada enumeración de las pruebas que certifican mi falta de carácter: gano poco dinero, abusan de mi buena fe, soy un imbécil, a mi edad, y ya no soy un niño, no me he labrado una posición comparable a la del comodoro Hoffman o el *onorevole* Gelli, cuya esposa va siempre decorada con pulseras de plata y largos pendientes de amatista. Toda una vida trabajando y no he llegado a nada, y es probable que ya no llegue nunca, porque la vida, asegura mi esposa, es como una estación en la que el tren del éxito sólo se detiene unos pocos minutos, y el que no corre vuela, y camarón que no nada se lo lleva la corriente, y había que ver las camisas de seda cruda que gastaba el concejal Gómez Ochoa, que por no tener no tenía ni terminada la carrera... Con el sigilo de un ladrón de guante blanco me deslicé desde el cuarto de baño hasta el pasillo ya en penumbra, escuchando con lejanía creciente el monólogo de mi mujer. Me fatigaban doblemente el sentimiento de culpa y un apetito inmoderado de bebidas alcohólicas. Pero cada vez que resuelvo lanzarme a la mala vida se acentúa en mí una congénita capacidad de infortunio: nada más doblar el corredor se abrió una puerta y apareció en ella, con una bata de dibujos florales y dos zapatos en la mano, el inquisitivo señor Urara, que no llevaba gafas y parecía más pequeño (recordé que la señora de Hoffmann Goicoechea lo llamaba siempre «el chinito»). Hizo una profunda reverencia oriental, o tal vez fue tan sólo que se inclinó para dejar los zapatos junto a la puerta, y me dijo severa y suavemente que ya era casi medianoche y que cinco horas después saldría nuestro microbús hacia no sé qué mercado de artesanía beduina. Con la abyección inherente a mi absoluta falta de carácter le aseguré que iba a recepción en busca de aspirinas, y hasta mostré mi vehemencia por conocer *in situ* las maravillas en cuero repujado y en costumbres vernáculas que nos auguraba la excursión. Luego bajé al vestíbulo y descubrí que no había bar, sólo una melancólica vitrina con gaseosas de colores que tenían, escritas torpemente a mano, etiquetas en árabe. Cadafells estaba allí, bostezando, con las manos en los bolsillos.

—Nada de alcohol —me dijo—. Prohibición absoluta. ¿Creerá que el camarero me ha amenazado con llamar a la policía cuando he querido sobornarlo? Pero todavía me queda una botella de escocés en la maleta. Suba conmigo, hombre. Se le ve mala cara.

—Pero su novia estará durmiendo...

—La despertamos.

Conmovido por la inesperada hospitalidad de Cadafells —cuando estoy triste todo me conmueve— subí con él a su habitación, y en las brumosas horas que pasaron hasta que sonó el timbrazo inmisericorde que nos reclutaba para la expedición al desierto no hice nada que no fuera censurable. Bebí whisky, primero en circunspectos vasos de papel, luego directamente en la botella, fumé haschish y marihuana, apurando con avaricia compartida las últimas colillas, me desplomé de tanta embriaguez y tanta risa sobre la cama deshecha, entre los muslos tibios de la amiga de Cadafells, que también reía mucho y me acariciaba el pelo, improvisé barbaridades insultantes sobre el perímetro de la señora de Hoffmann Goicoechea, bruscamente caí enfermo de melancolía y de náuseas a los pies de la cama, y lo único que recuerdo a partir de ese instante es que la pierna desnuda de la chica pendía o se columpiaba despacio ante mí y que yo le acariciaba el tobillo hablándole de mi mala suerte en la vida y de mi habilidad para los masajes tranquilizadores. Luego salí corriendo hacia el cuarto de baño, y llegué tarde, y oí los timbrazos furibundos de Urara.

Mi salud, mi armonía conyugal y mi respeto hacia mí mismo tardaron varios días en restablecerse. Rehuía las miradas de Urara y la presencia de Cadafells y su novia como un ex convicto que lucha solitariamente por forjarse una nueva vida y no quiere saber nada de sus antiguos secuaces. En Marrakesh, en la terraza del Savoy, aquella tarde en la que estuvimos conversando sobre Milton Oliveira, sentí por fin que había obtenido la rehabilitación. El comodoro Hoffmann y el *onorevole* Gelli me sonreían como a uno de los suyos. En el grupo de las señoras, mi mujer ponderaba en voz alta los méritos de mi gestión y refería las pruebas de amistad con que me ha distinguido siempre que visita España el maestro Abbado. Fue entonces cuando Cadafells, sentándose al piano, comenzó a improvisar unas divagaciones que el *onorevole* Gelli identificó enseguida con un suspiro de pesar.

—Oliveira —dijo—. El concierto de Berna. El del setenta y siete.

—Lástima que ese piano no sea un Fujisutmi —se apresuró a decir el concejal Gómez Ochoa, que era un risueño ignorante educado en el ramo de la peluquería.

—Cada vez que oigo esa música se me eriza el pelo —dijo el segundo regente del Auditórium de Valladolid—. Si yo les contara el calvario que me hizo pasar Oliveira hace tres años...

—¿A eso lo llama usted música? —rugió el comodoro Hoffmann Goicoechea—. El tipo llega y se sienta, sin partitura ni nada, con esas gafas, con esas zapatillas de deporte. Me dio un sofoco cuando lo vi aparecer así en el escenario del Nacional. Imagínense que mi señora lo tomaba por un electricista. ¿Y lo han visto cómo toca? Parece un miope que está aprendiendo mecanografía. Con dos horas de retraso empezó el concierto. Y lo peor fue que luego estuvo tocando casi cuatro horas. El presidente de la República se marchó de su palco y me dio una orden terminante: «Hoffmann, que ese indeseable no vuelva a poner los pies en el Paraguay».

— Tuvo usted suerte, comodoro —dijo el *onorevole* Gelli—. En Parma no tocó ni veinticinco minutos.

—¡Qué alivio! —murmuró el concejal Gómez Ochoa.

—¿Alivio? —dijo Gelli—. ¿Con el *cachet* de *prima donna* que cobra? El teatro estaba lleno. Tuve que llamar a los *carabinieri* para que contuvieran el tumulto.

—No estaría bien afinado el piano —Cadafells se había acercado a nosotros—. Ahí nunca transige.

—No me hable de afinación —dijo Gelli—. Oliveira atormentó durante un día entero al mejor afinador de Parma, y ya sabe usted que allí los tenemos magníficos. El pobre hombre se fue llorando a su casa aquella noche, presa de un ataque de nervios. No. Ese no fue el problema.

—Estaría muy fuerte la calefacción —apuntó el segundo regente de Valladolid—. Si hace calor dice que le sale un sarpullido.

—Un caramelo —dijo Gelli, suspirando—. El papel de un caramelo. Había alguien en la tercera fila que tomaba caramelos para la tos. Ya conocen la acústica del Liceo de Parma. Cuando oí por segunda vez el ruido del envoltorio me dio un sudor frío. Ese hombre, Oliveira, tiene un oído sobrehumano. Levantó la cabeza y puso cara de dolor o de rabia, ya saben, con los ojos cerrados, mostrando los dientes. A la tercera vez ya supe que se avecinaba la catástrofe. Oliveira se levantó, miró al hombre de la tercera fila y lo insultó en inglés. Luego dio media vuelta y se fue del escenario tan tranquilamente como si saliera de su casa. Imaginen los gritos.

Por momentos la conversación se acaloraba, rozando ese estado colectivo de ánimo que preludia las apelaciones a la ley de Lynch. El comodoro Hoffmann Goicoechea contó el rumor de que en Cochabamba, Bolivia, Oliveira fue arrestado en 1979, y lamentó que una llamada telefónica de la embajada estadounidense lo salvara *in extremis* de recibir una sesión de picana. Disgustado por ciertas colgaduras que decoraban el teatro, se había negado a tocar si no las retiraban, y no lo hicieron, porque era la fiesta de la Raza, y Oliveira no tocó. En Valladolid, dijo el segundo regente del Auditórium, Oliveira notó minutos antes del concierto que el escenario tenía una ligera inclinación hacia el público, lo cual es muy común en los teatros antiguos. Urgentemente hubo que evacuar la sala y pasaron tres horas hasta que los carpinteros municipales instalaron una tarima de dos centímetros de espesor que corregía la pendiente. Pero Oliveira, aburrido, no tocó ni una hora, limitándose a una serie de desganados ejercicios, y luego, cuando salía del teatro, le dio una certera patada en la espinilla al fotógrafo de un periódico local, y trató con una frialdad rayana en el desprecio al alcalde de Valladolid, diciéndole —mediante intérprete, aunque es bien sabido que habla español— que no podía asistir a la recepción organizada en su honor porque tenía sueño.

—Gente rara, los artistas —concluyó el *onorevole* Gelli.

—Bobadas —dijo el comodoro—. Gente desordenada. Drogadictos. ¿Qué me dicen de esos negros que nos factura el Departamento de Estado? ¿Conocen a uno que toca una trompeta torcida hinchando mucho los carrillos?

—*Mil* Davis —dijo rápidamente Gómez Ochoa, como si respondiera a una adivinanza. Me sonrió con vanidad y yo procuré mirar hacia otra parte. Entonces, armándome de valor, porque me sobrecogía el tamaño del comodoro, me atreví a decir:

—Pero no me negarán que Oliveira es uno de los mejores pianistas del mundo.

En la otra esquina del sofá mi mujer se estremeció, mirándome como si hubiera vuelto dolorosamente a recordar que yo era un imbécil. Busqué el apoyo de Cadafells y de su novia, pero en ese momento estaban culminando un cigarrillo de marihuana y no debieron oírme. Obtuve al menos el abatido asentimiento del *onorevole* Gelli, que movió la cabeza limpiándose con un pañuelo el sudor que había renovado en su frente el recuerdo de Oliveira. Inmutable como un monolito, el comodoro Hoffmann Goicoechea me dedicó una fría mirada.

—Oiga —me dijo—. Le cambio todas las extravagancias de ese embaucador por cinco minutos de arpa paraguaya.

—A condición de que la pulse Cholo Mendizábal —precisó su mujer. Constituían un matrimonio sumamente unido—. Qué sentimiento, qué dulzura.

Al oir el nombre del arpista Mendizábal, presunta gloria del folklore paraguayo, los miembros europeos de la expedición nos apresuramos a difuminarnos en ocupaciones urgentes, entre ellas la de acudir al comedor, donde ya estaría esperándonos para la cena el diligente Urara, que si nos retrasábamos hacía sonar un curioso gong portátil. Desde el principio del viaje, el matrimonio Hoffmann Goicoechea había emprendido una cruzada contumaz en beneficio del arpista, con la intención de promoverle una gira europea, regalándonos innumerables discos y cassettes y folletos biográficos, y hasta un póster desplegable, de tamaño natural, en el que sonreía con tristeza, flanqueado por su arpa, un hombre de mediana edad vestido con un poncho. Se rumoreaba que muy pronto viajaría al Japón invitado por la casa Fujisutmi, que estudiaba en secreto la posibilidad de introducirse —de manera experimental, desde luego— en el mercado del arpa paraguaya, igual que se había introducido ya no sólo en el del piano, sino también, aunque con prudente sigilo, en el de la guitarra española...

Durante la cena me fui sumiendo suavemente en la desdicha y en el vino blanco, con tal éxito que a la llegada de los postres ya era víctima de una halagüeña y silenciosa embriaguez. El nombre de Milton Oliveira no volvió a pronunciarse. La caída fortuita de un tenedor me dio ocasión de vislumbrar unos segundos bajo los manteles las piernas de la novia de Cadafells, que se había quitado el zapato izquierdo e introducía su pie desnudo bajo el pantalón del afinador. Al recobrar la vertical un arrebato de calor me encendió la cara. «Estás bebiendo demasiado», me dijo en voz baja mi mujer, sin dejar de sonreírle al concejal Gómez Ochoa, que le contaba, con entusiasmo abominable, el resurgimiento de la inquietud cultural en las barriadas periféricas. Frente a mí, Cadafells iba notando la tibieza ascendente de las caricias de su novia y sorbía la sopa de mariscos con una especie de escandaloso gorgoteo. Yo procuraba no mirarlo para eludir un impulso de culpabilidad y de náuseas, y hacía como que me interesaba en el rumor de las conversaciones de los otros, pero era inútil, porque los efectos del vino me impedían discernir el tono de las voces y el sentido de las palabras, y me sentía impúdicamente desamparado y solo y volvía a llenar mi copa y mi mujer me miraba de soslayo pisándome el pie, y yo, para no perderme del todo en los pantanos del infortunio, pensaba en el pie desnudo de la novia de Cadafells y en el modo en que Milton Oliveira se inclina sobre el piano, y en que soy, con diferencia, uno de los hombres más infortunados de este mundo.

Seguí pensándolo más tarde, en la habitación, mientras mi mujer, enconada y firme

ante el espejo, se aplicaba una crema hidratante que huele de una manera peculiar. Huele, para decirlo todo, igual que mi desdicha, y expande, como ella, un efecto somnífero. Bostezando me quitaba la pajarita del smoking, cuando llamaron a la puerta. Cadafells. Vi su cara y volví a cerrar como si se me hubiera aparecido un fantasma. «Quién llama», dijo mi mujer. «Nadie». Abrí de nuevo. Con la uña del dedo índice Cadafells se escarbaba los dientes, limpiándose luego en el faldón de una menesterosa chaqueta.

—¿Tiene cinco minutos?

—Estaba a punto de acostarme.

—Baje conmigo al bar. Quiero hablar con usted.

—¿Y si hablamos mañana?

—Sería tarde. Mañana nos vamos de aquí. A las seis. El japonés me va a quitar la vida.

Soy un sentimental, pero también tengo la cabeza llena de pájaros y de novelas rancias. Cadafells parecía urgido por la necesidad de revelarme un secreto, o de pedirme ayuda. ¿Quería recabar la experiencia de un hombre maduro en algún delicado trance entre él y su novia? Poniéndome el dedo índice en los labios me volví hacia el interior de la habitación. Con la luz ya apagada, removiéndose en la cama, mi mujer murmuraba algo, seguramente contra mí. Busqué a tientas la pajarita del smoking y me reuní con Cadafells.

— Sólo cinco minutos —le dije, mientras cerraba la puerta silenciosamente.

Cadafells asintió. Pasamos sin novedad ante la puerta de la habitación de Urara, oyendo sus ronquidos. Pensé con reverencia que ser japonés es una forma impoluta de felicidad. Pero ya he dicho que había bebido demasiado. La novia de Cadafells nos estaba esperando ante una bandeja de *gin-tonics.* Cuando cruzó las piernas pude corroborar la persistencia de las bragas azules. Me senté en un blando taburete con bordados geométricos sobre el que era imposible mantener la dignidad y crucé gravemente las manos sobre las rodillas, procurando, con un gesto severo, que se dieran cuenta de que no los seguiría a otra noche de disolución.

—¿Cree usted en el azar? —me dijo sin previo aviso Cadafells.

—Claro que sí —le contesté—. Actúa siempre en contra mía.

—Yo no —Cadafells, que era muy joven, no entendió mi lamento—. Yo no creo en la casualidad.

—Ni yo tampoco —declaró su novia, con una sonrisa como de ceguera angélica—. Todo está escrito en las líneas de la mano.

—Tonterías —de vez en cuando Cadafells la miraba como un cantor de tangos—. Me refiero a otra clase de azar. Por ejemplo, el que nos reunió a nosotros tres hace unas pocas noches...

—Un azar lamentable —murmuré, pero no me oyeron.

—O el que nos trajo aquí, a Marrakesh, precisamente ahora, en septiembre. O el que esta tarde nos ha hecho hablar de Milton Oliveira.

—Usted tocó una pieza suya al piano. Por eso hablamos de él.

—¿Y por qué toqué yo esa música, y no otra cualquiera? —de un trago vigoroso Cadafells apuró la mitad de un *gin-tonic,* con los consiguientes episodios sonoros de

fontanería—. Sólo usted lo sabrá. Y ésta. Anoche, cuando bajé a la ciudad, descubrí algo. Quiero que lo vea usted. Pero prométame que no les dirá nada a esos paquidermos.

Se pusieron en pie. Decidí resueltamente que me negaría a seguirlos, imaginando antros insalubres llenos de humo de haschish y vapores de lámparas de keroseno. Pero ya dije que no tengo carácter, y a mi edad es probable que no llegue a adquirirlo nunca. Mientras esperábamos a un taxi, la novia de Cadafells me tendió con naturalidad de cómplice un pitillo de marihuana. Bastó el olor dulce y resinoso del humo para que la cabeza terminara de írseme. En el taxi repetí con éxito una broma indecente sobre los cuartos traseros de la señora de Hoffmann Goicoechea, y a la novia de Cadafells le dio un ataque de risa, y dijo que tenía sueño y puso su cabeza en mi pecho y una mano en mis rodillas. En la penumbra Cadafells sonreía aprobadoramente y daba instrucciones al taxista en un francés casi del todo imaginario. Supuse con alivio que no podía ver lo cerca que estaba de mis ingles la mano de la chica ni el efecto ostensible, aunque involuntario, que esa proximidad me provocaba.

Dando tumbos de camello insumiso el taxi se adentró en lo que llaman las guías un intrincado dédalo de callejuelas pintorescas. Cada vez que los neumáticos sucumbían a una irregularidad del empedrado, la novia de Cadafells se acercaba un poco más a mí. En un par de ocasiones el roce casual de una mano o de un muslo me cortó la respiración, ya de antemano trastornada por el abuso de marihuana y de alcohol. Me han dicho que el espectáculo nocturno de Marrakesh es admirable: yo no vi nada y no recuerdo nada. La noche de Marrakesh se resume en mi memoria en la sensación de estar rozando una piel desnuda en la oscuridad y en el olor a gasolina y plástico caliente que me aturdía en el taxi.

Con desconsoladora rapidez llegó a su fin aquel viaje, que en mi recuerdo es tan largo. Nos detuvimos ante una señal que prohibía el paso de automóviles. Pagué al conductor, dejándole una propina insensata, motivada en gran parte por mi escasa familiaridad con la moneda marroquí, pero que tuvo la halagadora consecuencia de que la novia de Cadafells admirase mi rumbo de caballero generoso. Tomados del brazo, como borrachos fraternales, nos extraviamos entre la multitud de una plaza iluminada por faroles de carburo. El aire olía espesamente a grasa de cordero quemada, a especias y a sudor. Yo caminaba como un ciego al que guían de la mano por una ciudad desconocida. Tenía la sensación de andar cabeza abajo por una noche vuelta del revés cuyas constelaciones fueran las blancas llamas del carburo. Vi a un faquir que fumaba con la boca atravesada por una aguja de punto. Vi con espanto sucesivo una hilera de cinco encantadores de serpientes. Vi a un hombre partido por la cintura que nos pasó entre las piernas haciendo sonar una bocina de goma. Vi, de pronto, a alguien que se parecía extraordinariamente al *onorevole* Gelli, pero que iba vestido con un pantalón rojo y una camisa de palmeras y pájaros y se reía, con gritos agudos y gestos de melindre, junto a un muchacho de piel muy oscura. Cuando ya no lo veía supe que era de verdad el *onorevole*, y recordé, sin entender nada, lo temprano que se acostaba cada noche y la cara tan lívida y casi verdosa que tenía por las mañanas.

Cadafells iba explicándonos algo, pero su voz se perdía como si nos hablara junto al mar. Salimos de la plaza, pero no del agobio pegajoso de la muchedumbre, porque

la calle que ahora cruzábamos era muy estrecha y estaba llena de cafetines y de pequeñas casas con las fachadas pintadas en azul y las puertas en rojo. «Ya estamos llegando», me gritó Cadafells, señalándome, unos metros más arriba, el portal de una taberna de la que provenía un humo denso y agrio de frituras. Temí que pretendiera mostrarme alguna extravagancia de la cocina local, uno de esos platos grasientos de aspecto indefinido que en diez minutos le excavan a quien los prueba una úlcera de estómago. Entonces, mientras nos abríamos paso a empujones tenaces, oí entre la discordancia de las voces una nítida frase musical, y la perdí enseguida, y cuando la recobré ya habíamos entrado en la taberna y era como si increíblemente sonara en aquel lugar un disco maltratado de Milton Oliveira, uno que yo no conocía. Extenuados, sudando, ganamos un breve espacio ante la barra. No había ni una sola superficie donde los dedos no quedasen adheridos por la suciedad y la grasa. Del techo colgaban largas tiras de papel matamoscas que algunas veces nos rozaban la cara. Mujeres gordas y bruñidas de sudor y de aceite repartían a gritos hediondas bandejas de calamares. Y por encima del escándalo y de los olores la música sonaba y volvía a perderse, y Cadafells me miraba sonriendo, como retándome a averiguar de dónde procedía. Bajo la amplia melena despeinada su novia se mordía los labios con expresión de ultraje.

—Venga conmigo —me dijo Cadafells. Actuaba como si la chica no existiera.

—¿Cómo descubrió este lugar?

—El azar, ya se lo dije. El azar que no existe.

A medida que íbamos hacia el fondo sombrío del bar la música se escuchaba más claramente. Pero no era un disco de Oliveira. Era alguien que imitaba su música en un piano de deshecho, que tocaba, como él, en rápidas alternancias de furia y de ternura, que se quedaba en silencio y luego repetía una sola nota y viajaba en décimas de segundo por todas las edades de la música y después volvía no al presente, sino a un porvenir que ningún oído que no sea el de Oliveira ha logrado aún conocer. Había contra la pared desconchada un piano vertical, y un hombre ajeno a todo se inclinaba sobre él, la espalda recta, el cuello dolorosamente torcido, como si padeciera alguna clase de parálisis, de espaldas a nosotros, al mundo. A un paso de mí yo estaba viendo —pero aquella noche no sucedió nada que no fuera imposible— a Milton Oliveira. Quise acercarme a él. Cadafells me retuvo.

— Viene todas las noches —me dijo—. Desde hace una semana. Viene y toca durante cuatro o cinco horas y no habla con nadie. Me lo contó anoche el dueño. Cree que es uno de esos americanos que se quedan colgados en Marruecos y tiene que vivir de limosna.

Pero yo no oía a Cadafells. Miraba a Oliveira, lo espiaba, lo reconocía, escuchaba aquella música que no habría sido más pura en el silencio de una sala de conciertos, que era invulnerable al ruido y a la mugre del bar y a la infamia del piano. Entre la sucia muchedumbre sólo Cadafells y yo la escuchábamos, pero yo sabía que también nosotros le éramos innecesarios. No recuerdo cuánto tiempo pasó. Hubo un momento en que se me humedecieron de desconsuelo y felicidad los ojos y vi las cosas como a través de un cristal escarchado.

Cadafells me tocó el hombro, me señaló el reloj. Eran casi las cuatro de la madrugada y el bar estaba quedándose vacío. Enajenado y solo, Oliveira no había dejado de

tocar. Acodada en la barra, más pálida, sin atractivo, la novia de Cadafells bebía amargamente un zumo de naranja. Oliveira apoyaba los codos en el teclado y se cubría la cara con las manos, y tras la opacidad de las ventanas se anunciaba un amanecer azulado y rojizo. Dejé sobre la barra un puñado de billetes de banco. El dueño se inclinó ante mí y dijo unas palabras en árabe, tocándose la frente, la barbilla y el pecho. Me llevaron a un taxi. La chica me apretaba la mano y me decía al oído cosas memorables que tardé media hora en olvidar. Sólo recuerdo su voz y el perfumado roce de su pelo en mis labios, y la mirada fija y perdida de Cadafells, que espiaba el alba tras la ventanilla del taxi. Nos despedimos en el vestíbulo del *Savoy* adivinando que nunca más volveríamos a vernos. Pedí la llave de mi habitación, mientras caminaba por los corredores alfombrados fui despojándome de la pajarita del smoking. Cuando me deslicé en la cama, acogido a la oscuridad y al silencio, oí la lenta respiración de mi mujer, que parecía dormida, que tenía cerrados los ojos. Pero yo sabía que estaba despierta y que cuando nos levantáramos no me haría ni una sola pregunta.

Antonio Muñoz Molina